**Maestría de la voz**

“… las aulas son lugares vacíos dispuestos a irse llenando sucesivamente, lugares de la voz donde se va a aprender de oído, lo que resulta ser más inmediato que el aprender por letra escrita, a la que inevitablemente hay que restituir acento y voz para que así sintamos que nos está dirigida”. María Zambrano: *Claros del bosque*

Alguna vez Cioran comentó que era un inhumano absurdo que pensadores y filósofos se propusiesen nombrar las cosas al margen de sus sentimientos, de sus estados de ánimo, de sus personales desprecios y de sus particulares veneraciones.

Enseñar es siempre mostrar un punto de vista, una forma de entender y de valorar. Un maestro debe saber moverse con libertad tanto por entre las verdades que lo acompañan como por entre los conocimientos que domina. Su sabiduría necesita apoyarse en su erudición y en su sensibilidad, en su experiencia y en su lucidez. Enseñar es para él hacerlo desde sus propios aprendizajes, tratando de desarrollar en sus discípulos esa misma curiosidad que él siente dentro de sí, motivando en otros un esfuerzo por responder esas preguntas que ningún ser humano debería dejar de formularse.

Al dar inicio a cada nuevo curso de *Estudios Generales*, en el área del lenguaje y la comunicación, digo a mis estudiantes algo que, por sobre cualquier otra cosa, deseo dejar muy en claro: junto al propósito estrictamente académico del curso, se tratará de lograr con él que cada estudiante logre acceder a un mayor conocimiento de sí mismo, acercándose a principios y valores que lo dignifiquen como persona y le permitan crecer como individuo.

En mi particular ideal de educación, creo en y apuesto por universidades destinadas a enriquecer un tiempo como el nuestro, demasiado repleto de incertidumbres, de vulnerabilidades, de sospechas y, sobre todo, marcado por la desorientación… Universidades comprometidas en la formación de seres capaces de vislumbrar un destino para sí mismos y de proponerse convertir ese destino en algo posible.

Creo que toda universidad -al menos la digna de tal nombre- es, ante todo, un espacio ético; no sólo centro de altos estudios destinado a acumular conocimientos o a producirlos, sino, también, un lugar donde los estudiantes, generalmente jóvenes estudiantes, ya no el niño que dejó atrás el colegio, ni el adulto formado -o deformado- ya incapaz de cambiar sus perspectivas, tienen mucho que aprender.

Al recibir el Premio Nobel de Literatura, en su discurso de agradecimiento ante los miembros de la Academia Sueca, el escritor norteamericano John Steinbeck dijo: “Un autor que no crea apasionadamente en la capacidad de perfeccionamiento del hombre no tiene dedicación ni ningún lugar en la literatura.” Es una idea muy próxima a la manera como concibo la enseñanza. Creo que el maestro debe apoyarse siempre en cierto indeclinable optimismo. Sin él, sin cierta convicción sobre el posible perfeccionamiento de la condición humana, carece de sentido dedicarse a la labor docente.

El maestro ha de apoyarse en su esperanza, siempre relacionada con esas palabras que conoce, que ha vivido, que lo inspiran; voces de las que no podría prescindir porque se relacionan con su vida, con su experiencia. Nombran referencias que le son esenciales.

El maestro no solo es escuchado, también es visto. Se lo oye y se lo ve. Sus palabras pueden acompañarse de cierta teatralidad, lo que en modo alguno las convierte en superficiales o frívolas. Enunciadas en un momento preciso, viven por sí mismas, conscientes de que su recepción decide su vida, su perdurabilidad posible.

Comentó alguna vez Borges que todo espacio de voces aspiraba a su propia estética, amparada siempre por una ética de la autenticidad. Estética de la forma y ética de la voz que vive como un reflejo de la vida de su creador. Algo relacionado con la intención del maestro de convertir la enseñanza en humanización de su experiencia, en comunicación de su humanidad.

Al escuchar la voz del maestro, el joven aprende a conquistar su propia voz. Aprende el discípulo de su maestro y aprende éste de aquél. Aprende el maestro al tiempo que enseña. Aprende de sus preguntas y enseña a partir de sus respuestas. Su palabra, irrefutablemente humana, nunca podría desentenderse de cuanto le resulta esencial decir. Necesariamente existe en él la imagen del ejemplo.

Al contrario de lo que dice el adagio, a la palabra del maestro nunca “se la lleva el viento”. No: ella permanece. Lo que dice aquí y ahora perdurará allí y después. Su destino no es solo transmitir conocimientos; también orientar, estimular. No impone convicciones: enseña al discípulo a defender las suyas propias.

Todos elegimos a nuestros maestros. Y esa elección, definitivamente, nos define.